

JOSEFINA DE LA TORRE

VERSOS y ESTAM-
PAS.

PRÓLOGO DE
PEDRO SALINAS

OCTAVO SUPLEMEN-
TO de *Litoral*, Imprenta
«Sur», San Lorenzo, 12.
Málaga. 1.927

A mi camarada y amigo
ejemplar José Miguel Abota
con toda mi simpatía.

José Pinardelatorre.

5 de febrero, 1938

II. Año Triunfal.

Versos y Estampas

VERSOS Y ESTAMPAS por *Josefina de la Torre* con un prólogo de *Pedro Salinas*

OCTAVO SUPLEMENTO de *Litoral*, Imprenta «Sur», San Lorenzo, 12. Málaga. 1.927

PRÓLOGO

ISLA, PRELUDIO, POETISA

A JOSEFINA DE LA TORRE

*Oui, dans une île que l'air charge
De vue et non de visions.*

(Prose à des Esseintes)

AQUELLA isla estaba rodeada de agua por todas partes. Al ser una isla abstracta, una isla resumen, su fauna y su flora ofrecían tipos variadísimos, pero un ejemplar único de cada especie; de modo que vivir en su recinto resultaba tan completo, tan ordenado y tan insatisfactorio como habitar en una enumeración. Las gacelas eran una gacela, la gacela; el palmar una palma, la palmera; la humanidad, los hombres, una mujer, doncella de quince años. Todo en la isla hasta lo más vulgar, la col, la hormiga, el asno, tenía el aspecto de distinción y rareza de esos vocablos cuidadosamente señalados por las gramáticas que llevan muchos años en un idioma sin haber encontrado plural. Admirable mundo y exacto, sin repetición alguna, todo él ensayo y

aspiración, probando constantemente formas y colores y sin darse nunca por satisfecho, de modo que por encima de él colgara siempre inminente y esperanzada la idea de una criatura perfecta, animal o vegetal, que alguna vez acabaría por salir de tanto diseño para ser entonces reproducida triunfalmente en series, en bosques, en trolepes, en bandadas, con la alegría balbuciente del niño que repite ba, ba, ba, después de tanta articulación frustrada. Cada ser empezaba en sí mismo, en sí mismo acababa sin más gemela compañía que la duplicidad de otro mundo perfectamente igual de seres azulados, negruzcos, violetas, sutiles y delgados, sin voz ni cuerpo, que a las horas de sol y luna nacían de su costado, a su costado caminaban, cual la figuración del íntimo anhelo por un ser parejo. Sólo las existencias menudas y subordinadas, las hojas del árbol, las arenas de la playa, gozaban el don de la multiplicidad. Así cuando la doncella quería escapar al cansancio de tanta maravillosa unidad aislada tendiáse en la ribera, junto al mar uno, total e innumerable, y entrando un momento su brazo en el agua, la miraba luego resbalar codo abajo, entera aún, chorrear, ya dividida, por los cinco afilados dedos, para ir luego cayendo gota a gota, una dos, tres cuatro, el

mar contándose. Caricia mensurable en la piel, deliciosa certidumbre de la compañía alguna vez, idea del número.

Pasaban a lo lejos, flotando perezosamente por el mar cerúleo, masas lentas y multicolores, como crepúsculos de otoño. Navíos. Pero en vez de ir revestidos sus cascos de un color solo (blanco, color de barco rico y señorito que se pasea por las playas, yate —, negro, trajinante sufrido sin tiempo de limpiarse, carbonero —, gris, pérfido y disimulado entre ola y ola, buque de guerra) estos iban pintados en todos los tonos posibles a rayas, en manchas irregulares, en figuras geométricas, y paseaban sobre un fondo de cielo, neutra pared de museo hecha para su lucimiento, un soberbio repertorio cromático, un desfile de sala de venecianos vista por unos ojos un poco turbios y mareados. La alegría continuaba remontándose por la arboladura porque todo el cordaje era asimismo de variados matices y adelgazado por la distancia asemejábase a labor incipiente de niña encolegiada que sobre el cañamazo, un tanto desvaído, del horizonte prepara su regalo de pascuas con sedas de colores. Y aún no acababa allí, porque hasta el humo que salía de las chimeneas era, merced a una combinación química, de colores

cambiantes cada dos minutos, de suerte que los navíos poblaban el aire de grandes arcos iris falsos y sin pena, cadenetas más sutiles que las de papel, entrada jubilosa y efímera a unos vagos placeres de feria frecuentada únicamente por las tumultuosas gaviotas.

Barcos de poesía. Cargamentos de poesía exótica y olorosa, en bruto, recién extraída por un analfabeto proletariado de ébano en el continente meridional que descubriera la aviación y donde el componente básico es la poesía; que se arranca grave y terrosa piritita poética, en la galería de las grandes explotaciones mineras o se caza a flechazos, pluma, cuero, porteada por alas de menudas aves, por pezuñas de alimañas fugitivas. Todo se lo llevaban esos barcos colorinescos al viejo continente, donde en una manufactura novísima se había de transformar en poesía pura, exportable luego a las demás naciones de Europa y exenta por doquier, en virtud de su calidad preciosa y extrahumana de derechos aduaneros, gracias a la iniciativa de la Sociedad de Naciones; menos en un pequeño estado balkánico que aseguraba poseer un yacimiento de poesía autóctona y en una república del Báltico donde había sido socializada y convertida en arte para el pueblo en virtud de un decreto ley. Y así

pasaban por delante de la isla los barcos, y detrás unas cuantas sirenas que con disimulo rondaban las fabulosas expediciones arrastrando sin prestigio su viejo arte humillado y vencido, por aquella poesía nueva, inédita y palpitante.

En la noche sorda y sin luna el submarino afilaba y afilaba contra las olas repetidas su única intención, proa. A flor de agua; en la cubierta la abigarrada tripulación. Damiselas con traje de cola y diadema de cartón, jóvenes de pelo largo y lentes, enrollado y en la mano el poema premiado, vates oficiales de ideas sanas, poetas sin afectación, la verdadera poesía del pueblo. En el puente mandándolos a todos, porque todos le reconocían jerarquía, el capitán con su curioso uniforme verde oscuro, bordados en las bocamangas y el cuello, bicornio, espadín, Academia francesa, recitaba enfáticamente la Canción del Pirata, fija la vista en el enemigo odiado, y allí a su alcance, el transporte de poesía nueva. Era el momento; una orden. El torpedo tocó el barco en la línea de flotación. Se hundió lentamente sin voz ni grito, sin conato de salvamento, sin heroicos sacrificios, sin poesía, nada. Pero del último momento del barco se escapó como del minuto final de una vida algo indeciso, volador y misterioso

igual que un alma visible; invisibe ya en los cielos de la noche.

Era un águila. El águila misma de la inspiración, cazada viva por vez primera en el continente poético, llevada cautiva, ejemplar único y sin precio camino de Europa. Y que ahora estaba sola, perdida en la noche entre alto cielo, hondo mar, apoyada en las alas anchas, mientras que en cien lugares del mundo la esperan con la ventana abierta y la pluma preparada, tantos y tantos, con el corazón anhelante, en vano. Sola en el mar, desconocido. Se le fingió en el deseo montaña. ¿Sería sierra eso allá abajo? Picachos abruptos, riscales, farallones, sí sierra era. El águila iba, como siempre, por encima de la sierra. Poderosa sierra de agua, orografía cambiante y magnífica, toda nevada de blanco, espuma, las cimas pasajeras. Sierra, agua, y allí, solo allí, nido y solo allí, tumba al final, cuando ya no pudiese más, para el águila. Pero el día vino en su ayuda; lanzó desesperadamente sobre los llanos del mar, una jauría de veloces albores, rosados y sutiles, cachorros vivaces de la luz. Y uno de ellos levantó para el águila, una caza, una forma tendida y descuidada en la ondulación marina. Se lanzó derecha el águila. Forma indecisa, tierra semidesnuda, a medio despertar de entre lo lí-

quido y lo oscuro, isla. Trazaba el ave señera grandes círculos. No estuvo ya la isleta en el mar sereno del amanecer sino trasladada poseída segura, en el turbio ojo sanguinolento del águila. Iba descendiendo. Vió muchos árboles diferentes; y cobijada por uno de ellos la presa última e inesperada, dulce criatura sola, dormida. Plegó las alas; se abatió inerte, fatal, inevitable, aguzando las garras — en el resto del mundo, hora de inspiración, hora de poesía, la esperaban en vano los poetas —, sobre la niña, sobre la isla rodeada de agua por todas partes.

Pedro Salinas

PARA CLAUDIO
ESTE LIBRO MÍO, SUYO

VERSOS Y ESTAMPAS

I

HOY la tarde era serena, con un sol de oro; y mañana igual, todo el verano y sus días. Y, ¿qué juego hacemos hoy? Se oían los nombres en distintas voces y corríamos llevando de la mano a todas las niñas para formar un corro muy grande. Comenzaba el juego, siempre, con una niña en el centro del corro. Y empezábamos a girar lentamente, con una ligera ondulación. Pasaba la rueda sobre el mar. Ahora azul, ahora rosa, ahora blanca, como un pequeño arco-iris. La voz delgada, infantil, se perdía entre las manos enlazadas. Y el mar y la tarde se tornaban rosas, sobre las cabezas y en los pies descalzos de todas las niñas.

I

SOBRE la superficie
del mar encandilado
de las seis de la tarde,
saltan algunos peces
que dejan sobre el agua,
al caer, una onda.
Así, a trechos, bordado
el mar por esta aguja
parece que sonrío:
sonrisas que se ensanchan
y cierran lentamente;
sonreír de la orilla,
encaje de la falda
azul y transparente.

II

ESTE perro negro y grande, ¡ cuánto nos hizo sufrir! Nos lo encontrábamos, siempre, en nuestros juegos de escondite y en nuestras carreras por la arena. Llegaba corriendo, amenazador, con la lengua larga y roja entre los colmillos afilados. Nos dispersábamos dando gritos, buscando un refugio. El perro nos seguía. Una tarde, nos buscó inutilmente por la playa. Yo lo observaba desde la ventana. Me habían prohibido salir. En la playa no había nadie. El perro buscó largo rato y se echó a dormir, por último. Aquella tarde me hubiera sentado a su lado.

2

EL murmullo de la playa
entra a oscuras
por la ventana cerrada,
entre las maderas
verdes, apretadas.
Y se llena la estancia
de olor de arena húmeda,
de mar y de luna blanca.

III

DESPUÉS de cenar, nos paseábamos por la acera húmeda, salitrosa del aliento del mar, hasta la esquina. Yo le decía: « papá, ¿ por qué no llamas al chiquillo ? » Y papá gritaba: « ¡ chiquillo ! » Y el eco repetía: « ¡ chi - qui - llo ! » ¡ Cómo gozaba yo entonces ! y gritaba: « ven », y el eco, « ven »; yo después, « bobo », y se oía, « bo - bo ». Entonces me reía nerviosa, algo asustada, y, lejos, « el chiquillo » se reía también.

Yo lo imaginaba moreno por el sol, medio desnudo, escondido detrás de las maderas de alguno de aquellos portales marineros que exhalaban a la media tarde el olor recogido de la pesca. Dos o tres veces he llegado esta noche hasta la esquina en el ir y venir del paseo. Tengo un deseo de gritar: « ¡ Chiquillo, ven, bobo ! » Pero tengo miedo de matarlo.

3

QUÉ desconsuelo tener
el corazón tan incierto
sin saber — mi ciegucecito —
por donde andas tan ciego.
Qué desconsuelo escuchar
el corazón a destiempo:
unas veces tan deprisa
y otras, a veces, tan lento.
Yo no quisiera tener
el corazón tan incierto,
pues se me hace pequeñito
y se esconde muy adentro
cómo un reloj que no anda
y ándame loco en el pecho.

IV

ESTA caja de cartón llena de figurines recordados, al encontrarla hoy de nuevo, y al abrirla, me ha llenado el alma de recuerdos. Dentro, unas sobre otras, en mezcla de tonos desteñidos, he vuelto a ver a todas mis amigas: mis señoritas de papel. Todas tenían su historia de amor: un amor blanco, de papel, como la nube sobre la azotea. Allí, arriba, el cuarto pequeño con la puerta abierta frente al limonero de la casa vecina y el risco poblado de casitas de colores y gritos lejanos. Aquí, mis historias. Cierro la caja de cartón. ¡Adiós mis amigas!

4

EL sol en la playa tiene
juegos de niño pequeño
con el mar y las sombrillas.
Juego incierto y un correr
de prisa
de una a la otra
esquina.
Y una nube que pasa, blanca,
para dar sombra a la playa
dormida
y apagar el azul y el rojo
de las caras
bajo la cretona de la sombrilla.

V

DESDE la esquina bajábamos al muro, corriendo, y saltábamos ligeras, unas tras otras, volviendo a subir y a saltar. Una voz, de vez en cuando, gritaba: ¡cuidado; se van a hacer daño! Pero no hacíamos caso. Al saltar nos gustaba mucho ver flotar en el aire los encajes y los vuelos de los delantales como alas de mariposa. Una tarde, al saltar, una de las pequeñas se hizo daño en un pie. Al ver la sangre en la sandalia blanca nos unimos todas temblorosas. La pequeña se asustó y comenzó a llorar. Desde aquel día nos prohibieron ese juego, y pasábamos ante el muro de prisa para no caer en la tentación.

Esta tarde contemplo el muro pequeño, donde saltaron tantas veces mis siete años de tira bordada. Y siento un hondo desconsuelo de no poder saltar ahora, y mi pensamiento está saltando por el muro.

5

EL viento trae todo el rumor
por el camino arriba.
Tu subes con el viento
dentro de mí,
en mi ensueño,
lejos y cerca,
distinto y el mismo.
Yo te espero
esta tarde
—claridad dormida—,
y el viento trae
todo el rumor,
el mismo y distinto.

VI

AQUEL día estaba yo en la acera, bajo la ventana, y la muchacha asomada en ella. Luego llegó él y me acarició la cara. Las niñas hacían unos hoyos grandes en la playa, y venía el mar y se los llenaba de agua y piedrecitas. Una nube grande se puso sobre la playa. Ella y él hablaban muy bajo. Yo, de cuando en cuando, levantaba los ojos y les miraba en silencio. Después hablaron un poco más alto. En la playa hicieron una montaña alta, y saltaron los niños. Luego la rompieron gritando. Los dos se callaron. Yo cogí un palito y me puse a hacer letras en la acera. Luego él dijo algo y ella bajó los ojos. Luego hubo un largo silencio. El se llevó la mano a la frente, distraído, y se fué. Ella cerró la ventana. Entonces yo bajé a la orilla del mar a buscar vidrios de colores.

6

AGUA clara del estanque.
Era un espejo del chopo
y alfombra verde del cielo
con reflejos de los árboles.
¡ Oh, si yo hubiera podido
entrar con los pies descalzos
y ser el viento en el agua
y hacer agitar el chopo !

VII

COMO era al amanecer, me dejaron acostada y fueron todos a recibirles. Llegaban los padres y la hermana después de aquél viaje tan largo. Y yo iba a ver a « mamá », a « papá »... Yo no los recordaba. Toda mi fantasía vagaba oscura en derredor y no podía dormir. Se oyó primero el rodar de un coche. Luego unas voces que se acercaban y el patio se llenó de besos. Y ahora, en la escalera, un tintineo de cascabeles. Y la cabeza se me desvaneció. ¡ Qué alegre era la llegada ! Se abrió la puerta de mi cuarto y entraron dos señoras con los brazos abiertos. Sentí que me besaban, me abrazaban, y estuve unos momentos ahogada entre pieles húmedas y en el perfume cálido de las mejillas y los labios. Y luego, otros ojos de un señor que me miraba, brillándole uno más detrás de un cristal, y una mano que me acariciaba la cabeza. Y como alguien dijo que yo sabía leer todos salieron apresurados en busca de un periódico. Y yo leí:
FESTIVIDAD DEL DÍA.

7

LA noche trajo a la luna
sobre la playa y el mar,
y las rocas se adornaron
con su brillo, humedecidas.
Yo le contaba a mi niño
— no se quería dormir —
que la luna era una reina
de jazmín
que salía por las noches
con su regador de plata
para regar su jardín.

¡ El mar, el mar, y mi niño
que no se quería dormir !

VIII

HAY un loco en la playa. Es un niño, un muchacho pequeño. Nosotros le llamamos « el loco ». Este niño era el terror de los que jugábamos a la orilla del mar. Nos tiraba piedrecitas desde lejos y gritaba con una voz extraordinaria. A nosotros nos daba mucho miedo. Algunos días no le veíamos en toda la mañana, pero, por la tarde, cuando no había ni sol ni mar, aparecían por entre unos mariscos en montaña los ojos brillantes y la cara morena del muchacho. Entonces, todos los pequeños nos escondíamos en casa y no volvíamos a salir.

He visto « al loco » hace unas tardes. Me ha reconocido con sus ojos grandes de llama encendida. Estuvo sentado largo rato en la playa, escarbando la arena donde llegaba el mar de vez en cuando.

INTERMEDIO

ROMANCE DEL BUEN GUIAR

ES una noche sin luna
con un cielo azul de mar.
El viento azota la hierba
y una voz se oye cantar.
Por la senda que le guía,
envuelto en la oscuridad,
un hombre, canta que canta,
se dirige a la ciudad.
Como va alegre y cantando
no ha podido reparar
que va por otro camino
que no es su camino ya.
Lleva el sombrero en la mano,
la capa suelta, el andar
ligero y despreocupado,
y alegría en el mirar.
Pero al descansar más tarde
de su largo caminar
y mirar por el camino
que le lleva a la ciudad,
se da cuenta de que, ciego,
con su alegría, el cantar

y algún vago pensamiento,
se ha perdido en el lugar.
Con una sombra en los ojos
que es una angustia al brillar,
se ha sentado en el sendero
y así se ha puesto a pensar:
« ¿ Qué haré yo, pobre extranjero,
sólo, en extraño lugar,
en el camino, perdido,
camino que no he de hallar ? »
Y alzando, tristes, los ojos
se estremeció al observar
que todo en torno a su cuerpo
era sombra y soledad.
Apoyó, ardiente, en la mano
la frente, para olvidar,
y así se hubiera dormido
hasta ver el sol brillar,
si otra mano sobre el hombro
no le llega a despertar.
Alzó la frente ardorosa,
huella de tanto pensar,
y una mujer vió a su lado
en actitud de esperar.
« ¿ Qué me quieres ? », preguntole,
Dijo ella con suavidad:
« Dame la mano de nuevo,

de nuevo comienza a andar ».
« ¿ Pues quien eres ? » « Soy... no importa;
una mujer, nada más.
Vengo a llevarte al camino
que has perdido en el lugar ».
Levantose sorprendido
el viajero y, en verdad,
cansancio ya no sentía,
admirado al contemplar
a la mujer, que sonreía,
llamándole sin vacilar.



Era ya la madrugada,
la primera claridad,
y los dos seguían andando,
y ella con mucha bondad:
« Mi buen señor, dijo así,
cansado estáis de este andar.
Descansemos un momento
para luego reanudar
con nuevos bríos la senda
que pronto ha de terminar ».
Sentáronse en el camino
y ella con dulce mirar

le contemplaba, y el mozo
aún persistía en callar.
Maldecía con el alma
la noche en aquel lugar
donde encontró compañera,
causa de su hondo pesar.
« ¡ Oh, Dios mío — lamentaba —
¿ Para qué quiero llegar
si aunque encuentre mi camino
perderé tranquilidad ? »
Así pensaba el viajero
sin dejarla de mirar,
sin comprender la sonrisa
de sus labios al hablar.
Reanudaron el camino;
él, con ansias de llorar;
ella, guiándole siempre
con suave y gracioso andar.
Lejos, envuelta de bruma
que se comienza a aclarar,
allá al final del camino
aparece la ciudad.
Paró la mujer su paso,
paró el mozo el triste andar,
y observaron en silencio
el arribo de su afán.
« ¿ Quién eres ? », repitió el mozo.

Mas, ella elejábbase ya.
« Soy... no importa. Si algun día
te vuelves a lamentar
del camino que perdiste
con la pena de tu afán,
fijate bien en mi rostro:
me volverás a encontrar ».

S
OBRE la plaza brillante
de lluvia
vierte la sombra de sus hojas
un árbol
que a la luna recoge
en sus hojas
y cuelga gracioso
en sus ramas.
(La plaza oscurecida alrededor
de la hoguera romántica.)

●

Los cristales de mi ventana lloran
lágrimas y lágrimas...
Yo, que contemplo la noche,
también lloro, infinitas, mis lágrimas.
(Pero al dejar la noche he sonreído:
« es la lluvia », le he dicho a mi alma.)

IX

SE sentaba cerca de nosotros y nos miraba con sus ojillos grises, desconsolados. Hacía tiempo que lo notábamos, pero ninguna le hacíamos caso. Aquella tarde construyó cerca de nosotros, casi a nuestro lado, una linda casa de arena, más linda que las nuestras, y todas la mirábamos con recelo. Y de pronto, un pie decidido la echó abajo. Nos miró desconsoladamente. Entonces la acariciamos. Ella alzó los ojos, como cenizas mojadas, sonriendo. Vino ya todas las tardes y se sentaba cerca de nosotras. Al principio, llevaba un traje desteñido y sucio, mal peinada y descalza. Pero una tarde vino con sus alpargatas y el traje lavado, y se acercó más y nos cogió las manos. Aquel día se había peinado en dos trenzas y estuvo toda la tarde silenciosa. Cuando se fué me dijo, como una explicación: ¡Me gustan tanto los lazos en la trenza! Y al día siguiente le llevé uno de regalo, dentro de una caja. Cuando nos despedimos, al fin del verano, usaba medias y zapatos negros. Hoy ya es

una mujer. La he visto anoche sentada en un banco de piedra del muelle, en silencio, y toda la ceniza de sus ojos brillaba encendida.

9

EL hilo de agua, rizado,
sube y se abre en lo alto;
luego se pierde en el agua
temblorosa con su fondo
de sol, tembloroso y blanco.
El pecho se alza. Un suspiro
todo luz se va en el aire.
Vivo, el ciprés se ilumina
entre los rosales blancos.

X

CUANDO el carnaval se acercaba, todos vivíamos en un continuo repasar los días: uno, dos, tres, cuatro, hasta el día señalado. Nos hablábamos en silencio, misteriosamente. Ya en la víspera, nos mirábamos temblorosos, deseando gritar, dar saltos, pero recogidos en el deseo. Nos acostaban muy temprano, después de preparar el disfraz sobre una silla, y nos dormíamos muy tarde, con un sueño agitado, lleno de saltos de carnaval. Y a la mañana, después de vestirnos con nuestros disfraces, bajábamos al patio húmedo de la noche y empezábamos a llamar con unas voces delgadas, embrujadas. Venía la abuela fingiendo un asombro asustado en sus ojos y nos decía: « Pasen, pasen, mascaritas »; y pasábamos todos muy serios. Y mamá llegaba y se asustaba mucho también. Y como nos daba mucha pena — un miedo de uno mismo, interiormente — tirábamos el antifaz y le decíamos: « ¡ Si soy yo ! » Y toda la mañana se colgaba de sorpresas.

10

MIS dolores se escondían
en el fondo de mi alma.
Eran tantos, tan pequeños,
que casi no me molestaban.

Los guardaba con amor
en el fondo de mi alma.

XI

ERA un viejecito. Venía todos los sábados a recoger su limosna y se sentaba al final de la escalera. Nosotros, desde por la mañana, pedíamos para él su peseta, y toda la tarde le esperábamos queriéndole reconocer en cada llamada. Nos traía siempre estampas. Revolvía no sabíamos donde, en todos los rincones; buscába, buscaba y nos traía estampas. Llegaban a nuestras manos casi rotas, pero nosotros las cogíamos y las guardábamos en una cajita. Nos daba siempre un beso en la mano con sus labios temblorosos de viejo, arrodillado en el suelo, con los brazos cruzados ante toda la luz que entraba por la puerta, como un Cristo en un marco de plata, y luego se iba apoyado en un palo, un palo torcido que le torcía el andar. Antonio, le llamábamos. Un día se le llamó en broma, ¡Antonio!, y él volvió los ojos bañados de sombras para contestarnos. Y todos reimos comentando el caso. ¡Pues era curioso!

Aquél sábado le esperábamos y vino la noche sin que llegara el viejo. Y cuando nos dor-

mían, alguien dijo: «Hoy no ha venido Antonio». Y se inició una risa, y una explicación acerca del nombre, que murió apagada en una voz soñolienta. Y Antonio no volvió más. Nunca. Luego oímos hablar de un asilo, de los pobres que piden limosna. No comprendimos nada.

II

REZABA la lluvia
su oración del alba:
iba desgranando
las cuentas menudas
del blanco rosario.
Yo las recogía
dentro de mis manos,
y también rezaba
junto con la lluvia
mi oración del alba.

XII

AQUELLA mañana blanca, ¡ cómo la recuerdo ! Nos habíamos levantado un poco más tarde que otros días, después de haber estado unos momentos con el sopor del último sueño, percibiendo de cuando en cuando, al abrirse los ojos, los barrotes de las camitas que parecían jaulas de hierro. Nos pusieron unos delantales largos, anchos, que se nos escurrían por todo el cuerpo, y nos empujaron al patio. El patio estaba frío, brillante de las primeras horas de la mañana y verde de enredaderas. A un tiempo todos hicimos la misma pregunta: « Y la niña, ¿ cómo está ? » Nadie respondió. En el comedor nos esperaban las tazas humeantes del café con leche, y el pan y la manteca. La mano que nos guiaba estaba muy pálida. Alguien dijo, de pronto: « Los niños, que los lleven arriba ». Y subimos todos, despacio, en silencio. ¡ Qué larga, qué penosa nos pareció la escalera ! Y no tuvieron que darnos la noticia. Cuando entramos en la alcoba ya llevábamos el corazón lleno de flores, y los ojos llorosos. Sobre la cama ancha, blanca de rosas, había una caja de muñecas también blanca. Y

luego se la llevaron. Desde la baranda del corredor la vimos cruzar por el patio, bajo la enredadera, a través de las lágrimas. Y ya no la vimos más. Quedó temblando entre las flores, en el aire, la sombra blanca de la caja toda la mañana.



Y otra mañana estábamos en el muro de piedra y nos llegó en el aire el eco de una queja, y todos nos miramos en silencio, temblorosos. Pero llegó la hermana y nos dijo: « Es que se arrullan las palomas blancas », y todos quedamos consternados, mirándolas ahora revolotear en la azotea. Y un día, cuando jugábamos gritando en el cuarto grande, nos hicieron salir uno a uno, y nos separaron silenciosamente. A la noche aquella nos dijeron: « Sabes, la abuelita se ha muerto ». Y toda la casa se llenó de gente. Y a la mañana nos despertó la queja lejana de las palomas blancas, y todos se levantaron aturridos, presurosos.

NO te acerques al estanque:
antes me he mirado en él
y vi su fondo a través
de mi sombra. No te acerques
al estanque:
tendrás el pecho hondo y frío
y tembloroso del agua.

XIII

COMO así lo habían mandado los padres de Inglaterra, así se lo pusieron. Era un día de paseo, y para que el niño fuese guapo le pusieron el abrigo. Los demás le mirábamos engalanarse, abrigados en los nuestros de confección isleña. Cuando se lo hubo puesto, le observaron unos instantes en silencio. El niño dió unas vueltas en el cuarto, tropezando, con el abrigo colgado de los hombros. Se hizo una observación en voz baja: « ¿No lo encuentras demasiado largo? » Y otra: « Debe de ser moda ». Y salimos de paseo. Paseamos mucho y la gente nos miraba, nos miraba y sonreía: una sonrisa larga, muy larga, cómo el abrigo. Cuando regresamos a casa el niño preguntó: « ¿Por qué me miraban tanto? » Y la tía le dijo: « Porque llevas un abrigo de Londres, porque es muy elegante ». Y se acostó con aquella ilusión. ¡ Cuando se enteraron los padres ! Aún hoy, recordando esta anécdota, nos sonreímos todos. El niño es ya un hombre que se ríe a carcajadas, mientras la tía le acaricia la cabeza con una pena que se esconde entre los pliegues de aquel abrigo.

SOBRE el mar, bajo el cielo, blancas, densas,
 vienen todas las velas desplegadas
 en el aire, dorado y transparente.
 Y en la proa, delgada como brisa,
 la corona de espuma alborotada
 es adorno rizado de su frente.

En la playa, de oros soleada,
 las mujeres esperan a las barcas
 con los ojos al mar, intensamente.
 Y en el ramo de velas olorosas
 —brisa de mar, aroma de mariscos—
 hay un anhelo cálido y creciente.

¡ Cuanto diera por ver llegar un día
 la barca con la blanca vela al viento
 con rumbo hacia la orilla, desrizada;
 y en pie en la proa—tijera de los mares—
 a tí, todos mis sueños, presentido
 con el azul del mar en la mirada !

XIV

¡CUANTO le hemos temido también! No salíamos solos, en la casa de campo, hasta la muralla, por miedo a encontrarlo. Primero se oía de lejos, muy lejos, el zumbido ronco de sus alaridos. Toda la montaña temblaba, redonda del eco de su voz, y los árboles sacudían las hojas secas. Es mudo este viejo. Aquel llorar de su garganta seca, y el chasquido de la lengua contra el paladar, nos aterrorizaba. Llegaba corriendo por el camino alto, saltándole el buche de la camisa repleta de pan, pan duro y pan blando, y daba unos gritos para anunciar su llegada. Salían los criados y nosotros detrás, escondiéndonos. Le decían: « Baila, baila un poco ». El daba unos saltos grotescos, deshechos en girones de tela y en el chocar del pan dentro de la camisa. Luego le daban un cigarro, diez céntimos, y aullaba, gritaba de nuevo, y huía saltando por entre las matas. A la noche dormía abajo, junto a la bodega, y a la madrugada salía a los campos oliéndole el traje a uva madura.

MI camino tiene una luz,
—hay un pajarito cantando en un pino—.
Voy caminando hacia la luz,
—hay una ranita cantando en la acequia—.
Me acerco y se agranda la luz,
—hay una chiquilla cantando en la fuente—.
¿Adónde me lleva esta luz?
—Hay un lucerito cantando en la noche—.
¡Me prende en su fuego la luz!
—Hay una voz nueva cantando a mi oído—.

XV

Es mi recuerdo más turbio, el que más me cuesta aclarar. No puedo recordar bien cómo era Rosa. ¿Alta, baja? Una niña de unos siete o nueve años, sucia y despeinada. Surgía del café entre el humo rosado de nuestros cantos, cuando hacíamos el corro en la plaza de San Bernardo. Su aparición nos recordaba al Simón Cirineo. Andaba sobre el lado derecho, con una suave curva en el izquierdo, llevando un pequeño, tan sucio como ella, ginete en su cadera flexible. Cuando cantábamos la canción de « el vestidito », lo dejaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared desteñida del café, en éxtasis de admiración, y se ponía también a cantar, sin ton ni son. ¿Por qué cuando decía « cortito de adelante, larguito de atrás » su voz se llenaba de más vibraciones? Su voz era segura como el pregón de un heraldo y la envolvía toda, toda, y la dejaba más sucia y más descosida. ¡Ya está ahí Rosa la del Café! ¡Oh, recuerdo empañado, luz débil de mis años, empequeñecida por otra luz más fuerte! ¿Dónde está Rosa? ¿Qué ha sido de Rosa y de su cruz de carne? Cuando

pienso que acaso la conozco, que acaso la he visto pasar alguna vez, siento deseos de salir a la calle, y de murmurar a todas las muchachas risueñas que pasan por mi lado: ¡Rosa la del Café!

TODA mi ilusión la he puesto
en la espera de un mañana.
¿Cómo vendrás? ¿Adornado
de blanca flor de retama
o de flor de pensamiento
que de luto se engalana?
¿Vendrás con rojas miradas
o con pálidas miradas?
¿Tendrás voz, tendrás sonrisa,
o no me guardarás nada?
¡Mañana, horizonte en niebla,
fiel timón de mi fragata:
hace tiempo que me llegas
con las velas desplegadas!

XVI

LA última noche del año, después de comer, todos salían y nos quedábamos las dos solas con la antigua sirvienta. (Antes de marcharse nos dejaban, para entrar el año, unos refrescos y unos dulces.) Y les veíamos salir al baile muy contentos, en espera del Año Nuevo. Nos sentábamos alrededor de la mesa. La vieja trabajando su encaje—maravilla de hojas y flores entre las manos—, y nosotras hablando y riendo. ¡ Qué valientes nos encontrábamos al ver pasar las horas en el reloj ! Cerca ya de las doce, el encaje se mustiaba entre las manos y la charla y las risas se envolvían en una niebla espesa de sueño. Se llenaban los vasos poco a poco, en un medio silencio, y se esperaba ya con impaciencia la campanada del reloj. ¡ Tan, tan, tan ! Había un murmullo de alegría despertada; un bostezo interrumpido. Luego el sueño indomable que nos arrastraba a las alcobas. Y quedaban los vasos sobre la mesa, apenas empezados. Luego los pasos cansados de la vieja y su voz de niña que decía: « Hasta mañanita ». Y todo tenía el sopor de un sueño viejo.

16

MIS pies descalzos, de plata.
La orilla muerta del mar
en la playa,
sobre el sudario de arena
mojada.
La noche viuda, enlutada,
se cubre toda de lágrimas.
La luna, mis pies descalzos
de plata, dentro del agua.

y 17

DE nuevo ante la ventana
sola con el horizonte.
La tarde vuelve y se va,
aeronave de su ensueño.
Todo va de cerca a lejos.
Nada se sienta a su lado.
El mar hace lentejuelas
en su pandero amarillo.
Nada se quedó olvidado:
ni un pañolito de seda.
Nadie se quedó con nada:
todo volvió entre las olas.
Y aquel anhelo gracioso
que la llevó entre sonrisas
le pone sobre la cara
nuevo antifaz soñoliento.
El empañado recuerdo
se asoma por los cristales
como viajero que pide
la limosna de la noche.
Y los ojos lo recogen

en su espejito pequeño
y juegan a luz y sombra
de las manos a la playa.

Este libro
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
9 DE SEPTIEMBRE DE 1927 EN LA
I M P R E N T A < S U R >
M A L A G A